

siempre al pretender trasladar a la geografía concreta del país las andanzas del Caballero. Y por aquí os muestran los batanes de la aventura en Ruidera y en Fuencaliente, o bien os señalan el lugar de las bodas de Camacho el rico, cerca de Socuéllamos o en la albaceteña Minera. Falta el punto de referencia inicial porque Cervantes «no quiso acordarse» de cual fuera el lugar de la Mancha en que vivía su héroe. Y faltan, asimismo, las realidades manchegas. Bastan los nombres, nada más.

Por eso la novela tiene todo el fondo fantástico de la Utopía. Todo ocurre en una cuadra de nombres sin contorno ni dintorno, porque en el «Quijote» lo que importa es el pensamiento y la acción; no el paisaje y el ambiente, que han quedado reducidos a una expresión regional y genérica: la Mancha.

El japonés, el alemán o el chileno que lean la obra cervantina conocen a Don Quijote y Sancho, a Maese Pedro, al Cura y al Barbero, e incluso a esa sombra de ser —puro ideal, delimitado por ausencias— que es Dulcinea del Toboso. Pero terminan sin conocer nada de la Mancha. Yo he repetido muchas veces la experiencia, acompañando a extranjeros y españoles por la parda geografía de estas tierras. Querían verlas porque Cervantes les mostró la descripción. Las imaginaban, no las conocían. No las podían reproducir. Resulta curioso. Mientras los artistas que han ilustrado el «Quijote» reproducen siempre con fidelidad esencial los tipos humanos, pueden arbitrariamente dejar volar la imaginación al dibujar molinos o ventas, estepas o florestas, porque la Mancha es —en la novela— una pura omisión. Una omisión fantástica que puede serlo todo o no ser nada. Nada, salvo un nombre, ya para siempre incardinado en el tiempo: la Mancha.